14

TEOTIHUACÁN
El fin de una era

La manera de conocer el pasado mesoamericano a través de su arte

FUNDACIÓN CULTURAL ARMELLA SPITALIER®

TEOTIHUACÁN:
El fin de una era

14

1 Esplendor de una civilización 3

1.1 Ideología y refinamiento en la pintura mural 3
1.2 Lapidaria: la piedra convertida en arte 5
1.3 Conjuntos palaciegos 6
1.4 Vida cotidiana en la gran urbe 8

2 Hegemonía Teotihuacana en Mesoamérica 9

2.1 La extensión de lo teotihuacano 9
2.2 Una estrecha relación con Monte Albán 11
2.3 Presencia teotihuacana en la Costa del Golfo 12
2.4 Teotihuacán y el mundo maya 14
2.5 Otras regiones de Mesoamérica 16

3 Un oscuro y enigmático final 17

3.1 Fase Metepec: preludio del fin 17
3.2 Hipótesis sobre la caída 19
3.3 Reacomodo político en el Altiplano Central 20
3.4 La contribución cultural teotihuacana 21

Epílogo 23

Glosario 24

Bibliografía 28

Selección de Piezas 31

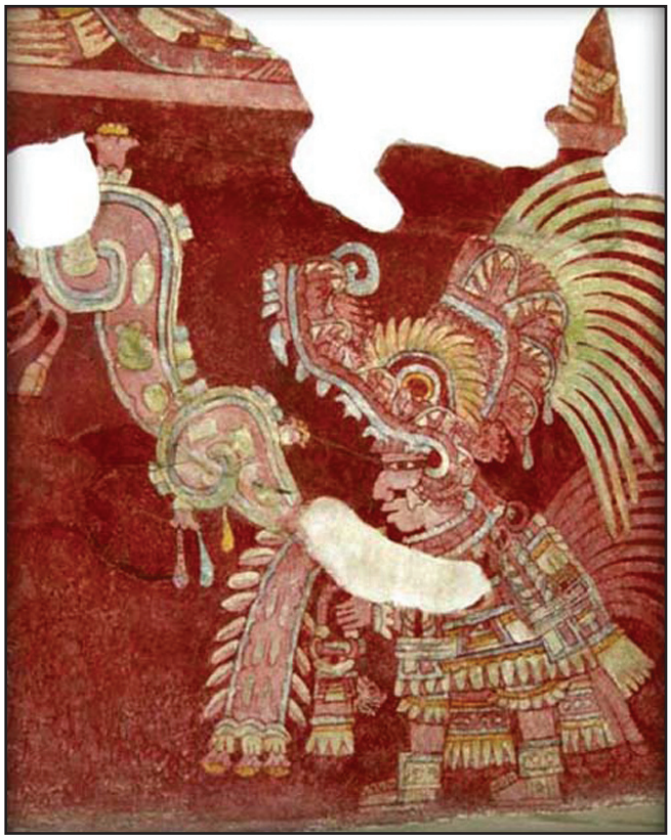
Créditos 66

Fundación Cultural Armella Spitalier
www.fundacionarmella.org
contacto@fundacionarmella.org
ventas@fundacionarmella.org

1 Esplendor de una civilización

1.1 Ideología y refinamiento en la pintura mural

En Teotihuacán se desarrolló, como nunca antes en Mesoamérica, un exquisito gusto por plasmar en los muros de sus edificios todo un lenguaje pictórico, cargado de una fuerte ideología gubernamental. Diana Magaloni (1998) ubica en la Fase Tzacualli-Miccaotli (1-200 d. C.) la época en que se inicia esta tradición y la denomina "Fase Técnica". Esta cronología coincide con el momento de expansión política y económica de la urbe.



Sacerdote, mural Tepantitla.

Los dirigentes teotihuacanos descubrieron en la pintura mural un importante vehículo propagandístico. Ideas y pensamientos religiosos característicos de su propia cosmovisión encontraron en ella un sutil método de expresión. Para ello fue necesario echar mano de los elementos arquitectónicos que los templos, palacios y conjuntos residenciales

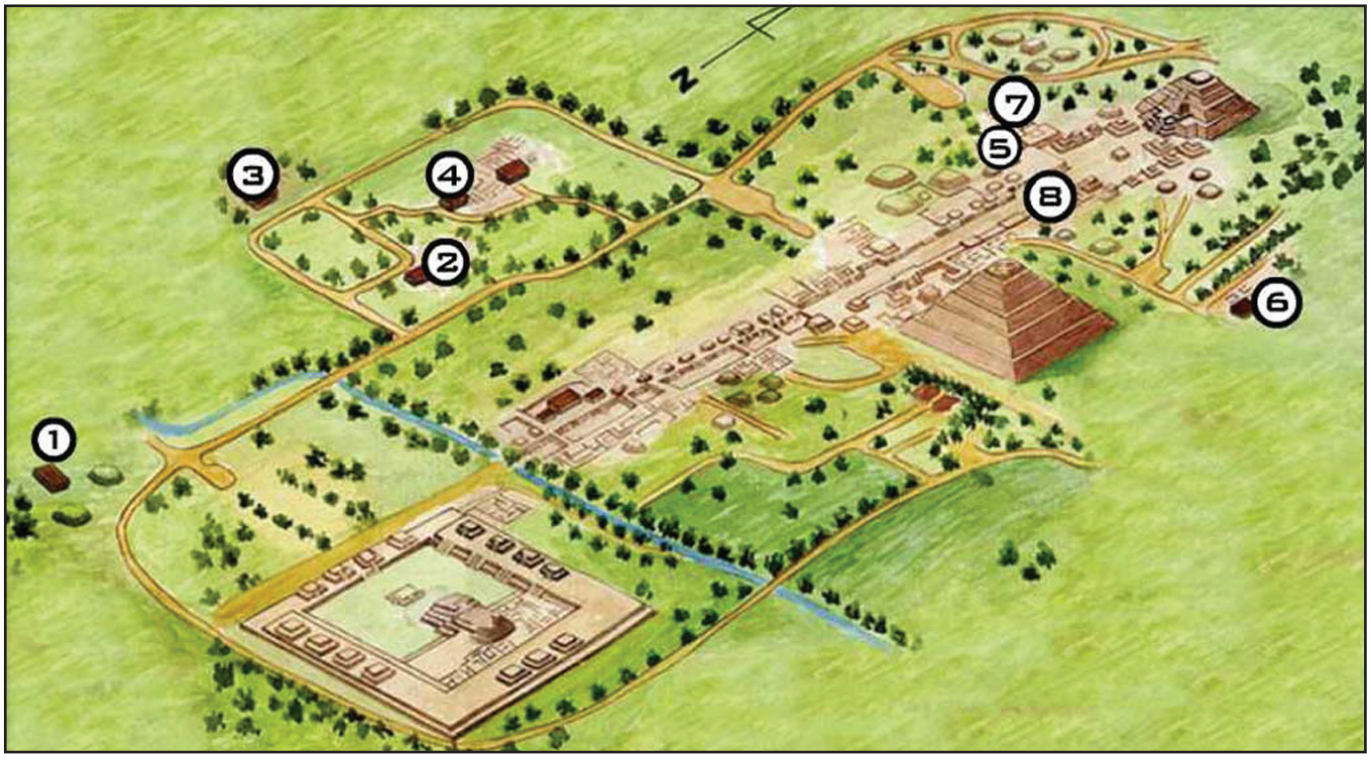
Sacerdote, mural Atetelco.

proporcionaban, para desarrollar en ellos escenas plenas de colorido y simbolismo; ahí se conjugan alegorías míticas y fantásticas con otras más cercanas a la realidad cotidiana de sus habitantes.

Misticismo y naturaleza son dos temas íntimamente ligados a los frescos teotihuacanos, tal como se puede apreciar en Tepantitla, en el llamado Paraíso de Tláloc o Tlalocan, en el cual un sinfín de personajes parecen retozar desenfadadamente. En el palacio de Zacuala, excavado por Laurette Sejourné en 1955, las imágenes contienen un código de significados más elaborados, que deben ser entendidos de una manera integral y no como jirones aislados.

Imposible detallar en tan poco espacio la extraordinaria riqueza pictórica teotihuacana. Basta destacar Tetitla, con su ya afamado mural del sacerdote esparciendo dones; o el Pórtico número 25, de gran

Paraíso de Tláloc o Tlalocan.



“Plano de las principales ruinas de Teotihuacán 1857-1882”, Désire Charnay.

rareza por la presencia abundante del color negro; La Ventilla y sus murales zoomorfos; los felinos reticulados de Atetelco, ataviados con grandes penachos; el Patio de los Jaguares, que tocan grandes caracoles y muchos más que el usuario podrá admirar cuando visite el imponente centro ceremonial y su Museo de la Pintura Mural.

1. La Ventilla.

2. Tetitla.

5. Templo de los Animales Mitológicos.

6. Tepantitla.

3. Atetelco.

4. Zacuala

7. Patio de los Jaguares.

8. Mural del Puma.

Diversas representaciones de la pintura mural teotihuacana.

1.2 Lapidaria: la piedra convertida en arte

Dentro de las creaciones teotihuacanas, mención aparte merece el trabajo realizado en piedra. Para ello se valieron de materiales de origen volcánico que su propio entorno ecológico les proporcionó: basalto, andesita o tezontle. Éstos, una vez cortados, tallados y labrados, se transformaron en piezas únicas, como la monumental escultura de Chalchiuhtlicue, los braseros Huehuéteotl, la Estela de La Ventilla o las cabezas de serpiente emplumada del Templo de Quetzalcóatl, por mencionar sólo algunos ejemplos representativos.

La destreza de los lapidarios abarcó rocas y minerales aloctonos de gran belleza, como la llamada genéricamente piedra verde (jade o jadeíta), la ilmenita, la serpentina o el alabastro. Con tales materiales realizaron hábilmente innumerables objetos rituales o suntuarios, como figurillas y ornamentos que se han convertido en verdaderas obras de arte, todas ellas impregnadas del sello que caracteriza a esta gran cultura.

Andesita / Basalto.

Jadeíta.

El sistema administrativo teotihuacano concedió tanta la importancia a la fabricación de este tipo de objetos suntuarios, que consagró grandes esfuerzos para monopolizar esta actividad. Por un lado, los comerciantes procuraban obtener materia prima de tierras lejanas, como Guatemala o el estado de Guerrero, para llevarla a la gran metrópoli del Altiplano Central. Ahí se instalaron talleres especializados para la elaboración de todo tipo de adornos personales, así como otros de carácter religioso.

Máscara mortuoria en piedra verde.

Chalchihuitlicue de basalto.

1.3 Conjuntos palaciegos

La madurez constructiva de Teotihuacán no sólo se reflejó en la monumentalidad de sus edificios, como las Pirámides del Sol y de la Luna, erigidas en la fase temprana del desarrollo histórico del asentamiento. Aproximadamente hacia el año 250 d. C. cesó el levantamiento de inmuebles de grandes dimensiones y la actividad arquitectónica se centró en las remodelaciones, ampliaciones y superposiciones de los conjuntos ya existentes. Lo anterior se comprobó en la subestructura del magnífico Templo de Quetzalpapalotl, conocida como Templo de los Caracoles Emplumados, que pertenece a esta época.

Templo de los Caracoles Emplumados.

Durante la Fase Tlamimilolpa (250-450), la ciudad adquirió un nuevo paisaje urbano. Acorde a su expansión económica, se construyeron amplios conjuntos habitacionales ocupados —como señala Rubén Cabrera (2004) — por familias extensas. Éstos constituyeron a su vez los diversos barrios y se transformaron de inmediato en arterias vitales para el funcionamiento de la ciudad.

En la fase siguiente, Xolalpan (450-650 d. C.), Teotihuacán vivió el momento de mayor esplendor: se consolidaron los conjuntos residenciales o palaciegos, auténticos microcosmos donde coincidían áreas habitacionales y actividades religiosas, pues contaban con templo y adoratorios particulares, que circundaban a los patios abiertos. Son en sí mismos refinadas muestras del alto nivel de vida que alcanzó dicha sociedad durante el Periodo Clásico.

Construidos con materiales de gran calidad y revestidos con finas capas de estuco, los muros de estos palacios son mudos testigos de la armoniosa integración artística lograda entre arquitectura y pintura mural. En la actualidad se pueden constatar estos aspectos gracias al rescate arqueológico realizado en los vestigios de los palacios de Tetitla, Yayahuala, Tepantitla, Atetelco, Zacuala o Teopancazco.

Atetelco.

Tepantitla.

Tepantitla.

Tetitla.